

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,  
Número suelto 4 rs.

NUM. 234.—SÁBADO 20 DE AGOSTO DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

### MISCELANEA.

—De un artículo sobre el ministerio de la Guerra de la Turquía tomamos los datos siguientes de los sueldos de algunas categorías militares. El Seriasker (ministro de la Guerra) tiene mensualmente 100,000 piastras (otros tantos reales ve-Non poco mas ó menos), sin contar los taimis ó raciones, que son tan considerables, que las de carne solo importan diariamente de tres á cuatro bueyes. Además percibe el Feric (teniente general) 37,000 francos al año, el Liva (mariscal de campo) 27,000 francos, el Miralai (coronel) 8,250, el Bimbaschi (comandante) 4,025, mientras que las graduaciones subalternas estan mucho peor pagadas que en ningun otro ejército de Europa.

—Las noticias de los principados danubianos sobre la entrada del cuerpo ruso de ocupacion, hablan admiradas del buen aspecto de las tropas y del excelente y bonito material de guerra que llevan, haciendo sobre todo un elogio especial de los caballos. Las tropas parecian apenas cansadas á pesar del gran calor que hacia, y han tenido solo un número muy corto de rezagados. Toda la caballería tenia excelentes carabinas á piston. Sobre la cantidad de las tropas que han pasado el Pruth, son las opiniones muy diferentes; unos la ascienden á 80,000 y otros á 160,000 hombres.

—En Constantinopla ha sucedido durante el Beiram un caso sumamente significativo. El Scheik-ul-Islam se negó á hacer al sultan la visita prescrita por el ceremonial, siendo la única causa de ello el haber dejado de conducir el sultan á los creyentes á la guerra contra los infieles, que habian invadido el territorio sagrado del Islam. El Scheik-ul-Islam es el gran sacerdote, el jefe superior de la justicia, el intérprete del Coran, y es adorado por todos los musulmanes ortodoxos como la sombra del Todopoderoso. Esta negativa de rendir el homenaje prescrito al sultan es la primera que ha ocurrido desde que el turco ocupa el trono de los Césares. Los sentimientos mas vehementes del fanatismo, que por mucho tiempo han dormido, se han despertado ahora y se han desahogado ya en varias ocasiones contra los Rajahs.

—La escuadra egipcia que ha de aumentar las fuerzas militares de la Puerta Otomana, se ha dado el 18 de julio á la vela desde Alejandria para Constantinopla, y la acompañan once buques mercantes alquilados para el transporte de las tropas. Esta escuadra consta de once navios de guerra y de nueve mil quinientos hombres de tropa de desembarco, que forman la primera mitad del contingente egipcio. La otra mitad, compuesta de diez mil quinientos hombres, será trasladada á Constantinopla en dos vapores egipcios y en diferentes remesas. El general en jefe de las tropas egipcias es Menekli Ahmet Bajá.

—Por conductos fidedignos se sabe que los Estados-Unidos han ofrecido á la Puerta Otomana auxilios en dinero y tropas.

—De Constantinopla escriben que en ninguna parte del mundo se toma la palabra *enviado* tan al pié de la letra como aquí, donde se emprenden frecuentemente en medio de la noche los viajes con motivo de las conferencias y negociaciones secretas; pues los magnates turcos prefieren recibir de noche sus visitas secretas, porque así estan mas á cubierto contra los acechos de los espías. Puesto que tanto los embajadores como los ministros turcos viven durante los actuales meses de verano en diferentes puntos del Bósforo, entre Bujukdere y Constantinopla y á distancia de varias leguas, se ven en los dias muy ocupados á las barcas de gala igual á los delfines volar por las olas azules del estrecho. No debe ser uno de los servicios del estado mas agradables el tener que andar por el Bósforo durante el calor abrasador ó en la fresca de la noche casi peligrosa para los europeos, y al mismo tiempo tener que hacérselo con... turcos.

—En estos dias ha sufrido la feliz operacion de la catarata el célebre director de la Academia de Artes de Düsseldorf, Guillermo de Schadow, cuya enfermedad le tenia ciego ya siete años. La misma mano maestra que hace diez y siete años hizo igual operacion y con igual éxito en el padre, de tan célebre memoria, el director que fué de la Academia

de Artes de Berlin, ha devuelto tambien al hijo la vista. El médico es el consejero privado Jüngken.

—De los cuatro alambres de que se compone el cable telegráfico que pasa el mar del Norte desde Dover á Calais, tres estan ya completamente echados á perder é inútiles; de suerte que la correspondencia telegráfica entre Inglaterra y Francia está sostenida únicamente por el cuarto y último alambre. Tan luego como se inutilice tambien este, estará interrumpida toda la línea telegráfica hasta su nueva recomposicion, y se habrá perdido casi todo el capital empleado en ello.

—Desde el 10 de julio ha principiado á regir la nueva Cab-reforma (q. d. de los cabriolés ó droschkas) tanto tiempo esperada, y aun mas discutida por el público de Londres que la cuestion del Oriente. Su objeto principal es la rebaja de ocho pence á seis (de tres reales á dos y medio) por cada milla inglesa, prescindiendo de otras medidas severas que al mismo tiempo se han tomado contra el genio no muy agradable de los cocheros. Lord Palmerston ha zanjado por medio de su Cab-reforma las diferencias que hace años existian entre los Cabs y el público, puesto que le faltaba una distraccion estrangera y que solo tenia una parte muy indirecta en el erredo oriental. En una carta ulterior con fecha de 27 de julio se dice: Esta mañana han desaparecido de repente todos los

—En uno de los últimos números del *Mensajero de Odessa* se hace la siguiente interesante comunicacion. Actualmente vive en Londres un príncipe Comnenos, conocido como pretendiente al trono de Constantinopla, y que desciende en línea recta de los emperadores orientales que reinaron en Trebisonda hasta el año de 1562. El padre de este habia venido á Francia bajo el reinado de Luis XVI y servido después en el ejército del príncipe Condé. Mas tarde obtuvo de Napoleon y de los Borbones una pension de 4,000 francos, y murió en el año de 1821 y á los setenta y un años de vida siendo mariscal de campo del ejército francés.

—Las dos preciosas coronas que el legado Monseñor Pacca recibió de las mismas manos del papa para llevarlas á París á fin de coronar con ellas dos imágenes de la Virgen el 5 de julio, cuarto aniversario de la entrada de los franceses en Roma, han desaparecido. Pacca habia dejado en el camino las coronas sembradas de diamantes y habia adelantado su viaje á París fiándose demasiado de los empleados de la aduana que habian quedado en remitírselas. Se espera sin embargo que la policia francesa logre volver rlas á encontrar.

—A fin de poder rodear al nuevo palacio Napoleon, que se compone de las Tullerías unidas con el Louvre, en todas partes de edificios monumentales y de frentes que se hallen en armonía con el estilo del palacio, se ha decretado ya la demolicion de mas de doscientas casas en las inmediaciones del Louvre. De esta manera desaparecerán ó se ensancharán unas quince calles, y además se formará sobre las ruinas de estas una nueva plaza, llamada de la *Emperatriz*. El presupuesto de estas reformas asciende á 21,000,000 de francos.



Doña Matilde Díez.

Cabs de las calles. Muchas de estas no estan ni la mitad tan animadas como antes; los señores mayores y las señoritas que no tienen coches propios se preguntan desesperados cómo han de ir decentemente al concierto y teatro. Es el caso que las grandes Cab-empresas disgustadas del Sixpence-bill del parlamento (sixpence es medio chilin ó sean dos y medio reales) han resuelto unánimemente retirarse, y parece que todos los demás carruajes de dos y cuatro ruedas sin excepciones h-n entrado en la misma conspiracion. Con fecha 30 de julio se dice: Acabóse la revolucion de los Caps; estos han cedido en algo, como tambien el gobierno, de suerte que esta mañana han vuelto á aparecer todos aquellos en sus respectivos sitios.

—Los ingresos en Inglaterra durante el año financiero que acaba el 5 de junio han importado 54,249,141 libras esterlinas, y los gastos 50,680,516, y el sobrante pues 3,568,625. Ya desde algunos años pueden los presupuestos de Inglaterra presentar estos resultados tan favorables.

### AL CISNE DE PLATA.

#### CAPÍTULO XI.

Es de suponer que nuestros lectores no habrán olvidado á Miguel, al nuevo propietario del *Cisne de Plata*, al que tuvo que aprontar la cantidad que á Kellerman plugo exigirle por cederle la hostería; en una palabra, al que se jactaba de que conocia perfectamente al diablo familiar que habia enriquecido al ex-hostalero.

¿Le conocia en efecto? Todo hace creer que sí, en vista de los resultados que iremos viendo.

Volviendo ahora á nuestra historia, que ya tendremos tiempo en breve de hacernos cargo de Miguel, conviene tener presente que en vano sudaba el buen Gaspar gotas como puños para hacer que su gorro encarnado produjese monedas de plata; por mas que lo arrojaba por encima del hombro dere cho y del izquierdo, por mas que discurría otros medios de operar con aquella máquina tan productiva hasta entonces... nada; el gorro caia al suelo sin vibrar aquel sonido metálico que tanto halagaba los oidos del flamante baron, sin dar señales de vida, sin revelar una esperanza para lo futuro... en fin, caia como otro gorro cualquiera. En vano lo golpeó Gaspar en todos sentidos contra sus brazos, contra sus piernas, contra su cabeza, contra las paredes de su gabinete: tiempo perdido. La mina estaba agotada, el manantial seco.

¿Y el compromiso del segundo plazo encima!... ¿Y qué iba á ser de su fausto y de su necio orgullo? ¿Con qué ojos le mirarian pobre, arruinado, los que le habian despreciado opulento? ¿Cómo presentarse al público sin un ducado después de haber invertido, para satisfacer los caprichos de su vanidad, sumas fabulosas?

Preciso es convenir en que el castigo era terrible; pero no era menos urgente tomar una resolucion decisiva. La única que se presentó en tan apurado trance á la aturdida mollera del desesperado baron, fué avistarse con Gertrudis y declararle la infausta novedad que ocurría; pues al fin, aunque el divorcio entre ambos era negocio concluido, no podria menos, por su propio interés, de tomar parte activa en que no se diera un escandaloso estallido, que tanto la comprometeria á ella como á él.

Dirigióse pues cabizbajo al aposento de la baronesa, y al llegar á la puerta vió que salía de la habitacion un hombre, cuya fisonomía casi habia olvidado. Examinóle de piés á ca-



se ha librado de las llamas su cabeza, y su rostro angelical presenta señales visibles de resignación, mas bien que contracciones de dolor. M. Dervilley desesperado prorrumpe en gritos y sollozos; al oír sus desgarradores sollozos, abre Carolina los ojos, y su boca deja escapar estas palabras:

—Calla, papá, porque si te oyen, vendrán á prenderte. El viento, encanado en la chimenea, había arrojado sobre el vestido de Carolina un papel encendido; el fuego se propagó á todo su traje, y ella quiso apagarlo y luchar contra tan formidable enemigo, á fin de no alarmar á M. Dervilley, hasta que, medio consumida, cayó moribunda. Dominada no obstante hasta el último momento por una sola idea, la salvación de su padre, había sufrido aquella horrible tortura sin exhalar un grito, ni una queja, ni un gemido.

Cuando volvió la señora Dervilley, encontró á su marido cantando y con el cadáver de Carolina en sus brazos... Estaba loco.

El tribunal del prebostazgo tuvo un conspirador menos á quien juzgar.

Ocho días después de tan triste suceso, una misma losa sepulcral cubría tres féretros: eran el de M. Dervilley, el de Amelia y el de Carolina.

Dios había atendido á sus ruegos otorgándoles lo que tanto habían deseado; reunirse para siempre.

## SMARRA

6

### LOS DUENDES DE LA NOCHE.

(Continuación.)

Mientras procuraba yo con todas mis fuerzas desechar el terror que me anonadaba y apartar de mi pecho alguna maldición del cielo, exclamé Meroe:

—Miserable! Recibe el castigo que merece tu insolente curiosidad. Te has atrevido á violar los encantos del Sueño... Hablas, gritas y ves... Pues bien: desde hoy solo hablarás para quejarte, solo gritarás para implorar en vano misericordia, y solo verás escenas de horror que helarán tu sangre.

Hablando así con acento mas desgarrador y estridente que el chillido de la herida hiena que amenaza al cazador, sacó de su dedo la brillante turquesa que lo adornaba y cuyos colores deslumbraban la vista como los del arco iris; apretó un resorte oculto que levantó la piedra, y descubrió en el estuche de oro que la servía de cama un monstruo sin color y sin forma, que saltó rugiendo y fué á refugiarse al seno de la hechicera.

—Ya estás aquí, exclamó esta, mi querido Smarra, único favorito de mis pensamientos, desesperación del hombre y encanto de las hijas de la noche. Vete, pues te lo mando, espíritu adulator y terrible; atormenta á la víctima que te he entregado, y ofrécele suplicios tan crueles como los del infierno que te ha concebido, y tan intensos é implacables como mi cólera. Deléitate en las angustias de su corazón palpitante; cuenta los convulsivos latidos de su pulso, que ora se precipita y ora se detiene; contempla su dolorosa agonía, y suspendela para comenzarla de nuevo. Solo á este precio, oh fiel esclavo del amor, podrás, después que huyan los sueños, volver al lado de tu amada y estrechar en tus brazos á la reina de los terrores nocturnos.

Dice, y el monstruo salta de su mano abrasadora, hiende los aires con la rapidez de un relámpago, estienda sus alas estranamente festoneadas, sube, baja, se aumenta, se encorve, y semejante al deforme enano, cuyas manos aparecen armadas de uñas de metal mas finas que el acero, que penetran en la carne sin desgarrarla, y que beben la sangre, como si poseyeran la insidiosa trompa de las sanguijuelas, se aferra rabioso contra mi corazón, levanta su enorme cabeza y se rie. En vano buscan mis miradas en el espacio un objeto que las tranquilice: todos los duendes de la noche sirven de escolta al horrible duende ó demonio de la turquesa: mugeres espantosas de ébrios rostros, serpientes de fuego y de color de violeta, avechuchos inmundos, insectos asquerosos, cabezas separadas de sus cuerpos, nadando en lagos de sangre y clavando en mi sus horribles ojos... ¡Oh! ¡Qué tremendo martirio para tu amigo Polemon!

Desde esa noche funesta, oh Lucio, no ha habido noches tranquilas para mí. Los duendes de la noche todo lo invaden, y no bien mis párpados, cansados de luchar contra el temible sueño, se cierran rindiéndose al cansancio, cuando se presenta el formidable escuadrón, como cuando le ví salir, con Smarra á su frente, del anillo mágico de Meroe. Dan vueltas á mi alrededor, me aturden con sus alaridos, me fatigan con sus carcajadas y corrompen mis labios temblorosos con sus caricias de harpías. Meroe los guía y cabalga sobre ellos sacudiendo su larga cabellera... Ayer mismo... eran sus formas y sus facciones; sus ojos fijos y cóncavos estaban llenos de sangre; lágrimas de sangre surcaban sus mejillas, y su mano, estendida y descarnada, imprimía en el espacio una marca de sangre.

—Ven, me dijo, ven á visitar el imperio que doy á mi esposo, porque quiero mostrarte todos los dominios del terror y de la desesperación.

Alejóse, al decir esto, de la tierra... el camino que atravesábamos era espantoso... Figúrate la mansion fúnebre, en que las brujas amontonan los restos de las inocentes víctimas de sus sacrificios... ¡Ah! entre esos restos no hay uno solo que no conserve su voz, sus gemidos y su llanto... Figúrate unos muros animados, que se estrechan por todas partes ante tus pasos, y que poco á poco sujetan tus miembros... El pecho oprimido se levanta, se estrema, hace esfuerzos para aspirar el aire de la vida entre el polvo de las ruinas, el humo de las antorchas mortuorias, la humedad de las cataumbas y el hedor pestífero de los muertos: al mismo tiempo llegan los monstruos chillando con todas sus fuerzas:—Ya no respirarás...

Después de haber recorrido una distancia que á ninguna otra puede compararse el idioma del hombre, vi salir por un respiradero, tan alejado de nosotros como la última de las estrellas, varios reflejos de suspirada claridad. Meroe, llena de esperanza, voló á su encuentro; yo la seguí arrastrado por

un poder irresistible: además, el camino que habíamos dejado, borrado como la nada, acababa de cerrarse detrás de mí. A poco rato me encontré de nuevo envuelto en densísimas tinieblas y rodeado por todas las infernales brujas de la Tesalia. El torbellino de sus carreras me causaba vértigos, y sin embargo corría desalado, sin poder fijar los pies en parte alguna. Por fin llegamos. ¿Adonde? No lo sé: los sepulcros estaban abiertos; los cadáveres bailaban envueltos en sus blancos sudarios; los monstruos devoraban víctimas sin cuento y... ¡que horror! me obligaban á asociarme á su execrable festín...

Al pronunciar estas palabras, se incorporó Polemon en su lecho, pálido, con los cabellos erizados y la mirada fija y terrible: nos llamó con un acento que nada tenía de humano... Pero resonó el harpa de Mirta; los monstruos huyeron de la imaginación de mi amigo... Polemon se durmió tranquilamente mecido por los encantos del instrumento de la doncella de Tesalia.

(Continuará.)

## EL COCHERO DE CABRIOLÉ.

(Continuación.)

Los truhanes de la barraca en que se prodigan auxilios á los ahogados, oyeron mis voces y se apresuraron á socorrerme: al punto nos abordaron, é inmediatamente quedaron amarradas las dos embarcaciones. Cinco minutos después, mi amo y la jóven se hallaban completamente salados, como dos arenques.

Preguntaron si yo estaba ahogado, y contesté que no, pero que se me tratase como tal, dándome una razonable copa de aguardiente para calentarme el corazón.

Mi amo fué el primero que abrió los ojos y se arrojó á mis brazos... Yo sollozaba, reía, lloraba... ¡Dios mio! ¡Qué animal tan raro es el hombre!

Al ver á su lado á la jóven, exclamó: —Mil francos para vosotros, con tal que la salveis... y tú Cantillon, amigo mio, á quien debo la vida (por supuesto que yo proseguía llorando) acerca el cabriolé.

Ya se entiende que yo correría como un gamo tropezando y cayendo... Llego al sitio en que había dejado el vehiculo... Que si quieres!.. Ni cabriolé ni caballo. Al día siguiente nos devolvió la policía las dos prendas, de las cuales se había servido un aficionado á gangas para sus correrías nocturnas.

Volví al lado de mi amo y le dije: —El carruaje viaja por su propia cuenta.—Pues bien, me contesta, busca un fiacre.—¿Y la jóven?—Ya ha movido la punta de un pié.

Llevé un fiacre y ví que la jóven había recobrado el conocimiento, aunque no hablaba: entonces dije al cochero.—Calle del Bac, número 31, y á escape.

Antes de salir del puente volví la jóven á perder el sentido, y mi amo hizo que me apease para avisar á su médico: cuando volví con él, encontré á la señorita Maria... ¿Os he dicho que se llamaba Maria?

—No. —Ese era su nombre de pila. La encontré, como digo, acostada, y á su lado una enfermera. No podeis figuraros cuán hermosa estaba con su rostro pálido, con los ojos cerrados y las manos en cruz sobre el pecho: la infeliz estaba en una situación...

—Por eso se arrojó al rio... —Eso mismo dijo mi amo al médico, cuando este le anunció el estado de la jóven, que nosotros no habíamos sospechado. El médico la hizo oler un frasco, con cuyo auxilio recobró los sentidos: al punto empezó á examinar todos los objetos que la rodeaban, y dijo:—Esto es muy extraño! ¿Dónde estoy? no conozco esta habitación.—Lo creo, la contesté sonriéndome, por la sencilla razon de que hasta hoy no habeis entrado en ella.—Calla, Cantillon, repuso mi amo, y luego añadió:—Tranquilízase, señorita, pues os curaré con el cariño y el respeto de un hermano: en cuanto se os pueda conducir á vuestra casa, me apresuraré á cumplir este deber.

—¿Pues qué! ¿Estoy enferma? preguntó admirada; hasta que al fin, coordinando sus ideas, exclamó:—¡Ah! Sí, sí; de todo me acuerdo: he querido... ¿Sois vos quien me ha salvado? ¡Ah! Si supierais el funesto servicio que me habeis prestado! ¡Qué porvenir de tormentos me presenta vuestra generosidad!

Yo escuchaba sus palabras frotándome la punta de la nariz, y por eso no perdí una sílaba de ellas: mi amo la consolaba del mejor modo que le era posible, pero á todo respondía:—¡Ah! ¡Si supierais!—Parece que M. Eugenio se fastidió con tantas quejas, pues se acercó á la enferma y la dijo:—Lo sé todo.—¡Vos! contestó ella.—Sí; amais y os veis abandonada... os han hecho traicion...—Sí, sí; una vil traicion... me han abandonado cruelmente.—Pues bien; confiadme vuestros pasares, pues no me induce á saberlo la curiosidad, sino el deseo de seros útil: creo que no debeis mirarme como á un extraño.—¡Oh! no; porque el hombre que espone su vida por salvar la de su semejante debe abrigar un corazón generoso. Estoy segura de que no habeis abandonado á una pobre muger, esponiéndola al oprobio ó á la muerte. Sí; voy á referiros... Mas permitid que escriba á mi padre, á quien dejé una carta, dándole cuenta de la resolución que había tomado de quitarme la vida. Estoy segura de que no os opondreis á que venga á verme. ¡Ah! Con tal que, en medio de su dolor, no haya cometido algun acto de desesperación... Necesito llorar en su seno, porque eso me aliviará tanto...—Escribid, escribid, la dijo mi amo, acercándole papel y el tintero. ¿Quién se atrevería á retardar un instante la reunion de un padre y de una hija, que han creído separarse para siempre? Os ruego que escribais sin perder momento. ¡Oh! ¡Cuánto debe sufrir vuestro desgraciado padre!

La señora Maria, después de haber llenado una cara, preguntó las señas de la casa en que se hallaba.—Calle del Bac, número 31, contesté sin vacilar.—¡Calle del Bac... número 31! repitió ella con asombro y dejando caer la pluma y el tintero. ¡Ah! Tal vez me ha conducido la Providencia á esta casa...

Mi amo no sabía qué pensar.—Comprendo vuestra admiración, le dijo la señorita Maria; pero no tardareis en conocer que es muy natural el efecto que en mí han producido las

señas de esta casa.—Al mismo tiempo le entregó la carta para su padre.

Cantillon, lleva esta carta.—Echo una ojeada al sobre y respondo:—Hay una buena tirada.—No importa; toma un cabriolé, y componte de modo que estés aquí dentro de media hora.

Vuelo á la calle, pasa un cabriolé, y grito al cochero:—Cien sueldos por ir á la calle de san Victor y volver aquí.

De vez en cuando me convidaría una carrera como aquella. Nos detenemos delante de una casa y llamo á la puerta: la portera abre refunfuñando.—Bien; refunfuña cuanto quieras.—¿Está M. Dumont?—¡Ah, Dios del cielo! ¿Traeis noticia de su hija?—Y noticias buenas.—Piso quinto, al fin de la escalera. Me encaramo como un gamo, y veo una puerta entreabierta; miro hacia adentro, y diviso á un anciano militar, llorando en silencio, besando una carta y cargando dos pistolas. Entonces murmuro entre dientes:—Este debe ser el padre.

Empujo la puerta y digo:—Vengo de parte de la señorita Maria, y me voy.

El anciano vuelve la cabeza, y pálido como un muerto exclama:—¡Mi hija!—Sí; la señorita Maria. ¿Sois M. Dumont, capitán de caballería del Imperio?—Mi hombre movió afirmativamente la cabeza.—Pues tomad esta carta.—Hízolo así temblando, y no bien la hubo recorrido con la vista, cuando exclamó:—¡Vive y tu amo la ha salvado! Llévame á su lado al instante... Toma, toma, amigo mio.

Metió las manos en un cajón, y sacando unas cuantas monedas de cinco francos, me las introdujo en el bolsillo. Las recibí por no humillarle; pero examiné el aposento y dije para mi capote:—Vamos; aquí nada sobra.—Hice una pirueta, deslicé las monedas detrás de un busto de Napoleón y dije:—Muchas gracias, capitán.—¿Estás pronto?—Os espero.

Ya estamos en el cabriolé.—Sin indiscreción, capitán, ¿qué queriais hacer con las pistolas que estabais cargando?

Respondíome frunciendo las cejas:—Una de ellas era para un miserable á quien nunca perdonaré: la otra para mí.—En tal caso, repuse, me alegro haber llegado á tiempo.—¡Oh! Todavía no está todo concluido; pero cuéntame de qué modo tu excelente amo ha salvado á mi pobre Maria.

Le referí el caso, y él lloraba como una criatura.—¡Ah! exclamó de pronto. El nombre, el nombre de tu amo, para que yo le bendiga y pida al cielo por él... ¿Y el médico? ¿Qué es lo que dice? ¿No hay peligro?

Llegamos por fin á fuerza de correr, y el capitán me dijo:—Ayúdame, amigo mio, porque me faltan las fuerzas.

¡Pobre hombre! Parecía un cadáver. Se cogió de mi brazo, y su corazón palpitaba con fuerza.—¡Y si la encuentro muerta! murmuró de pronto.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de la habitación, y oímos una voz que gritaba:—¡Padre mio! ¡Padre mio!—¡Es ella! dijo el capitán. Y el anciano, que temblaba poco antes, se lanzó como un jóven, entró en el cuarto sin saludar á nadie, y cayó sobre el lecho de la jóven exclamando:—¡Maria! ¡Mi pobre Maria! ¡Hija mia!

Cuando yo entré, era aquello una desolación. El padre besaba el rostro de su hija con sus blancos bigotes: la enfermera lloraba, Mr. Eugenio lloraba, y yo... yo tambien lloraba.

Mi amo nos dijo á la enfermera y á mí:—Es preciso que se queden solos.

Salimos los tres, y en seguida añadió acercándose á mí oído:—Ten cuidado cuando llegue Alfredo de Linar, y suplícale que entre á hablar conmigo.

Púsemme de vigilante en la escalera, y un cuarto de hora después subía Mr. Alfredo, á quien dije cortésmente:

—Mi amo desea decirnos dos palabras.

(Concluirá.)

ALEJANDRO DUMAS.

## DOÑA MATILDE DIEZ.

El retrato de la distinguida actriz que presentamos en este número, es un recuerdo que consagramos á la que por tantos años ha sido llamada la perla de nuestro teatro, y que después de largos padecimientos se halla próxima á abandonar nuestro suelo para ser saludada en la capital de la principal de nuestras posesiones de América, con aplausos tan unánimes y tan legítimos como los que la ha prodigado la capital de España por espacio de muchos años. Que el viaje de Matilde Diez sea tan feliz como le deseamos: por lo que hace á la acogida que la espera de la alta sociedad de la Habana, estamos seguros de que no cederá en nada al entusiasmo con que Madrid la ha visto siempre aparecer en la escena.

## EL ROBO DEL RETRATO.

(Conclusion.)

Al ver abrirse los grandes ojos azules que había adivinado, Julio bendijo la tierna solicitud del gobierno que no reparaba las carreteras, y al mismo tiempo lanzó á la vecina una mirada cazarra descubriéndose bruscamente. Aquella mirada, escitando en la dormilona un grito, ó un impulso de sorpresa ó de espanto, debía servir de prefacio á la conversacion que naturalmente deseaba entablar; pero estaba escrito allá en lo alto que ese día no sería afortunado! La dormilona respondió á su ojeada con otra mirada silenciosa y negligente, y luego, sin inquietarse mas, se recostó de nuevo para apurar su sueño interrumpido.

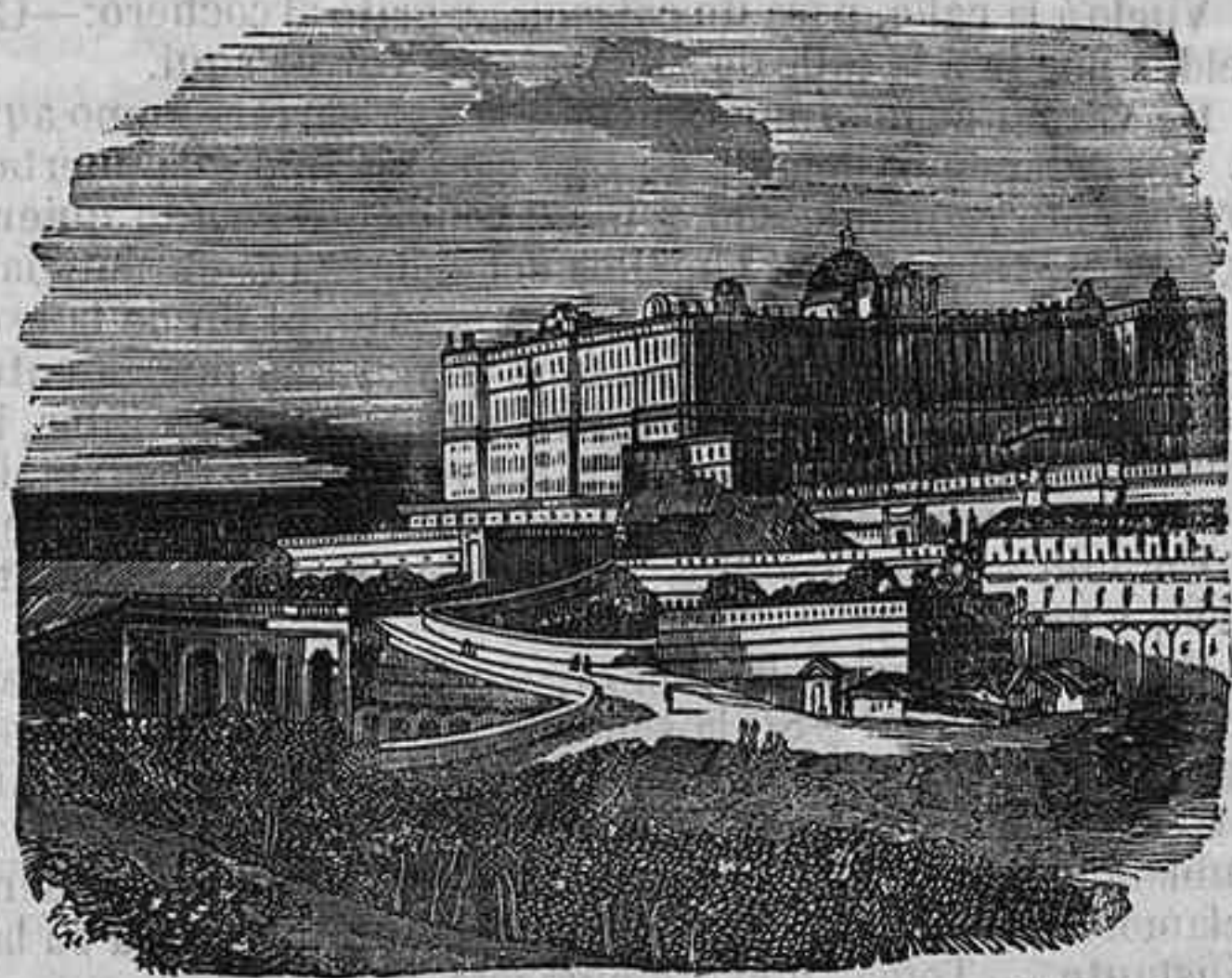
—¡Se vuelve á dormir! dijo Julio para sí. ¡Y después de haberme mirado! ¡Bueno! Yo haré que me oiga.

De súbito quedó suspendida de sus labios la frase que iba á dirigir á su vecina, pues la vieja principió á estornudar, y el perrillo á hacerle coro.

LA INQUILINA DEL RINCON DE LA IZQUIERDA.

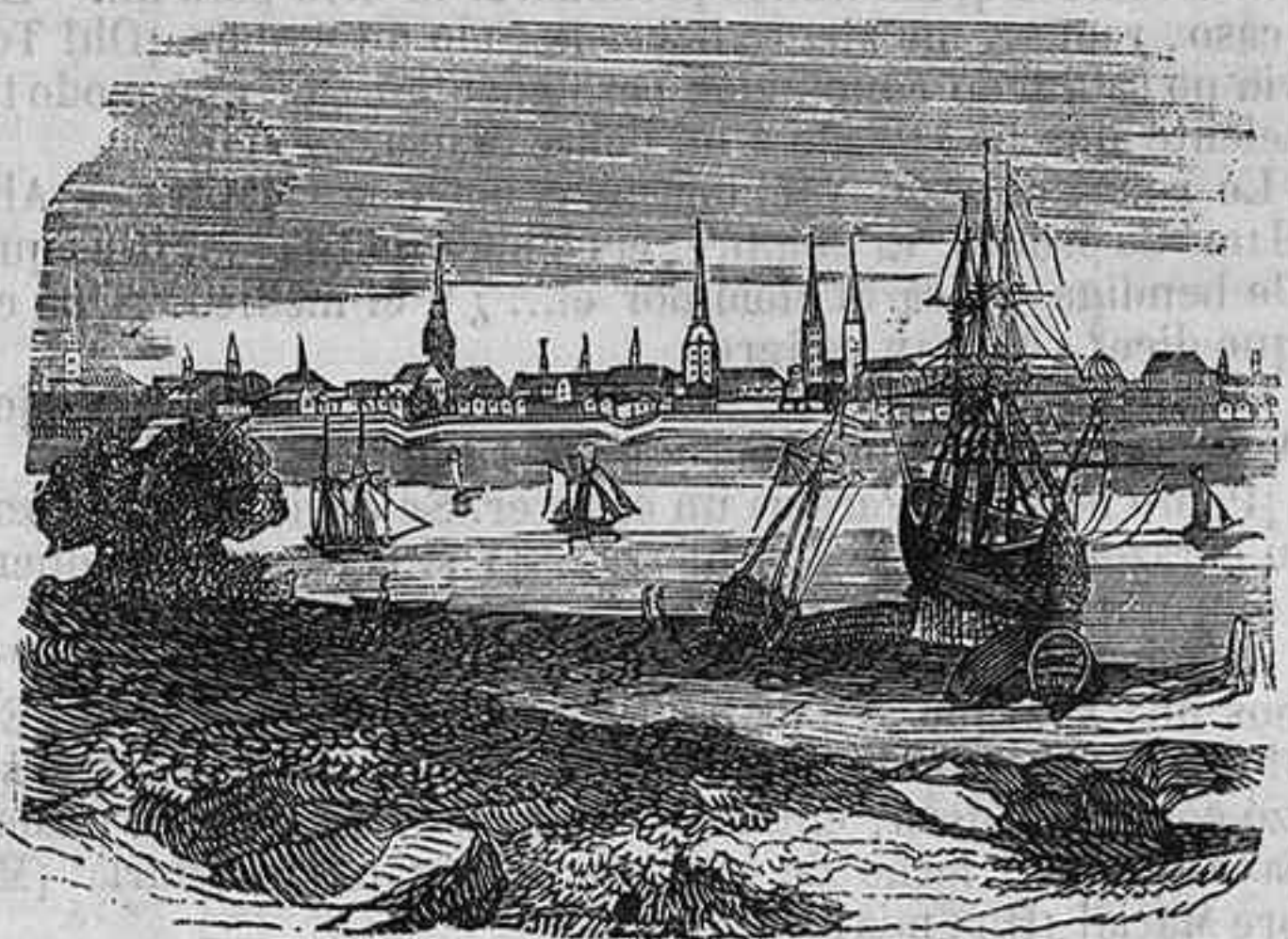
Aquel concierto de dos voces había recordado á Julio que eran cuatro los que iban en el carruaje. ¡El desventurado lo había olvidado ya! Y delante de semejante galería ¿qué podía

decir de su aventura? ¿qué podía confesar á su linda vecina en presencia de una vieja que tenía el defecto de no dormir en carruaje, y de un falderito gruñidor? Solo un partido le quedaba: el desalojar los oídos parásitos. Pero ¿cómo lograrlo? ¿Pidiendo á los importunos que abandonasen un rincón



Madrid.

muy cómodo y un viaje tal vez indispensable? Semejante proposición hubiera sido una impertinencia; partidario de la paz á todo trance, la hubiera rechazado con vigor. La vieja y su perrito parecían de humor, si no de talla, de enseñar energicamente los dientes. Por fortuna de Julio, en aquel momen-



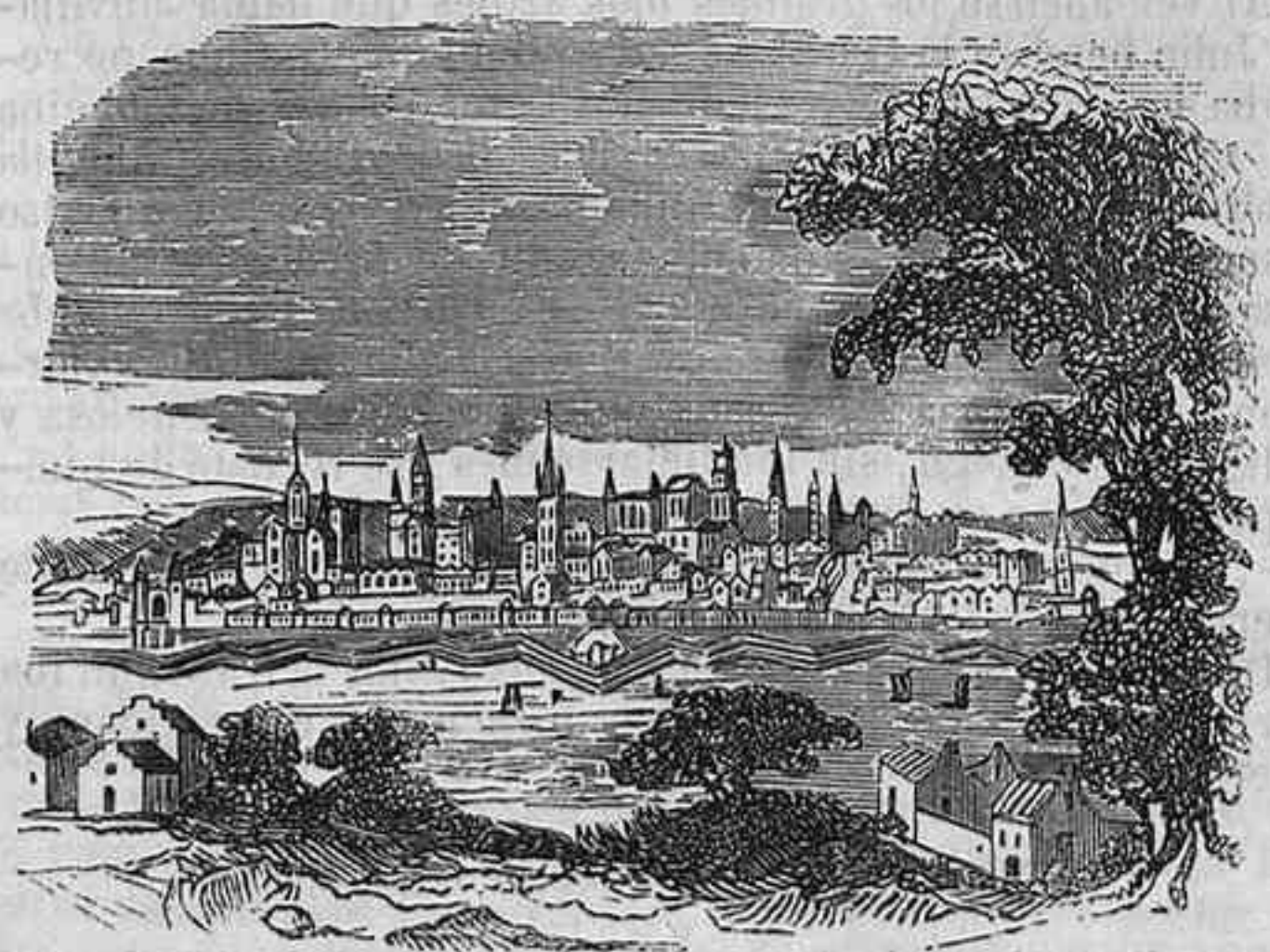
Hamburgo.

to pasaba por allí una hada que usualmente se llama la Providencia, y que suele manejar su varita en provecho de los amantes atascados. Hallábanse á la entrada del invierno y de las noches frías, y desde la salida habían estado levantados los vidrios de las portezuelas. Por una casualidad tan rara que



Stokolmo.

pasará por una inverosimilitud, el obrero que había hecho el coche era un obrero concienzudo. Los vidrios y las portezuelas, cuidadosamente ajustadas, interceptaban herméticamente las corrientes de aire mortales para las piernas de los viajeros, de lo que había resultado que tres minutos después



Udrea.

de la salida el carruaje tenía la temperatura de un calorifero. La vieja y su falderito parecían profesar al calor una amistad robusta, y guardaban un silencio de satisfacción.

Julio se hallaba muy ocupado para pensar en esa circunstancia; pero la jóven, que no participaba de las simpatías de los inquilinos del rincón de la izquierda ni de las preocupaciones del vizconde, se despertó con el calor, y sintiéndose incomodada, bajó los cristales. Hay en el mundo una raza de gentes egoistas y dañinas, prontas á exagerar sus derechos, y ásperas en negar los del prójimo, que levantan el gallo y engordan con el ajeno. Si los tiene uno por vecinos, pasan á

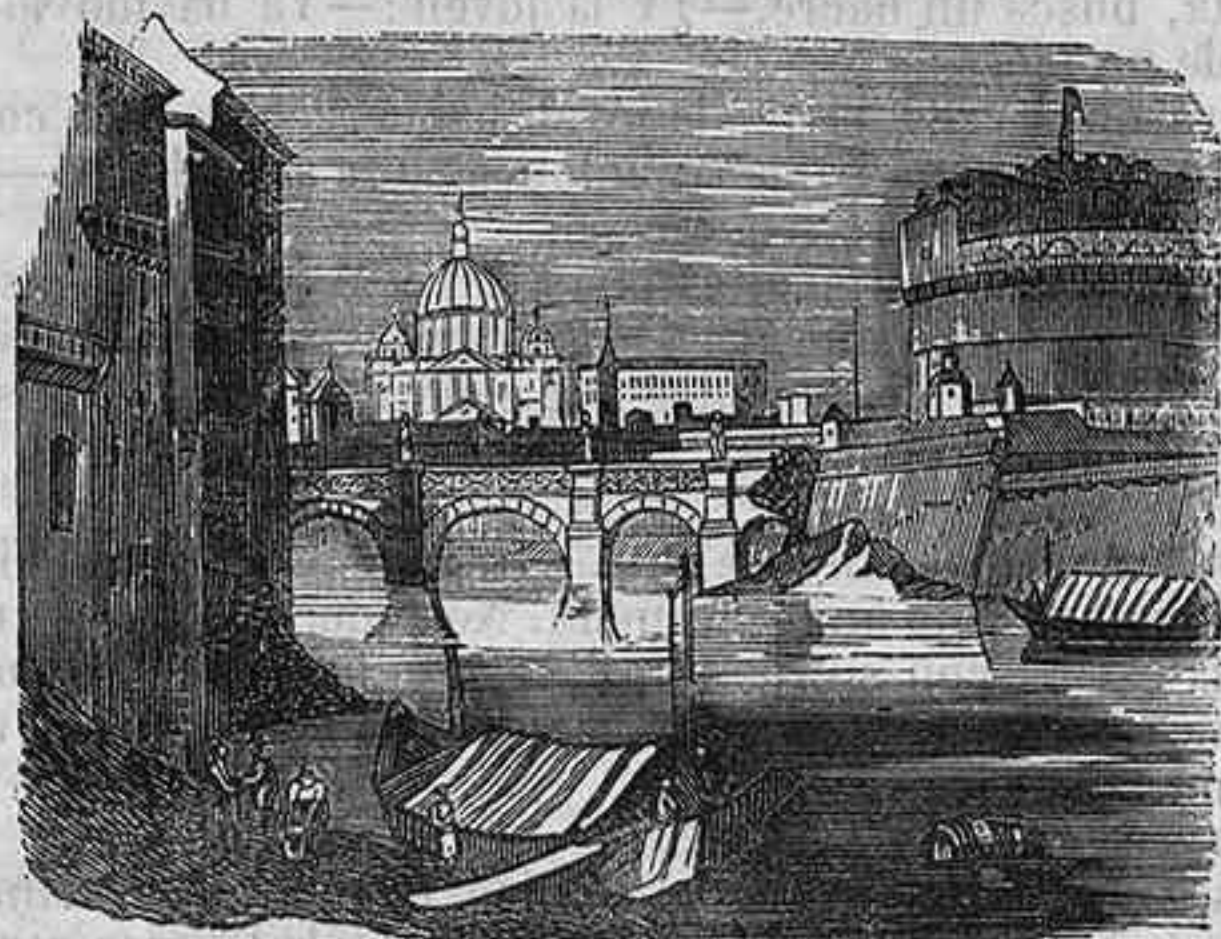


Coimbra.

través de sus sembrados con jauría y caballos; pero le entablan un pleito cuando él pasa por el sendero medianil. Si uno está sentado á su lado en el teatro, le ahogan para ponerse á sus anchuras, cuando le permiten escuchar la pieza, y en todas las cosas sucede lo mismo. La vieja hacia parte de esa clase poco interesante de la sociedad. Viendo desaparecer el sofocante calor que llenaba el carruaje, protestó gritando con acritud:

—Señora, levante Vd. el vidrio, pues no hemos tomado la posta para viajar á descubierto.

La jóven señora era una de esas mugeres tímidas y resignadas que ceden ante el despotismo de otro, y de consiguiente,



Roua.

aunque proxima á desfallecer de calor, obedeció sin decir palabra.

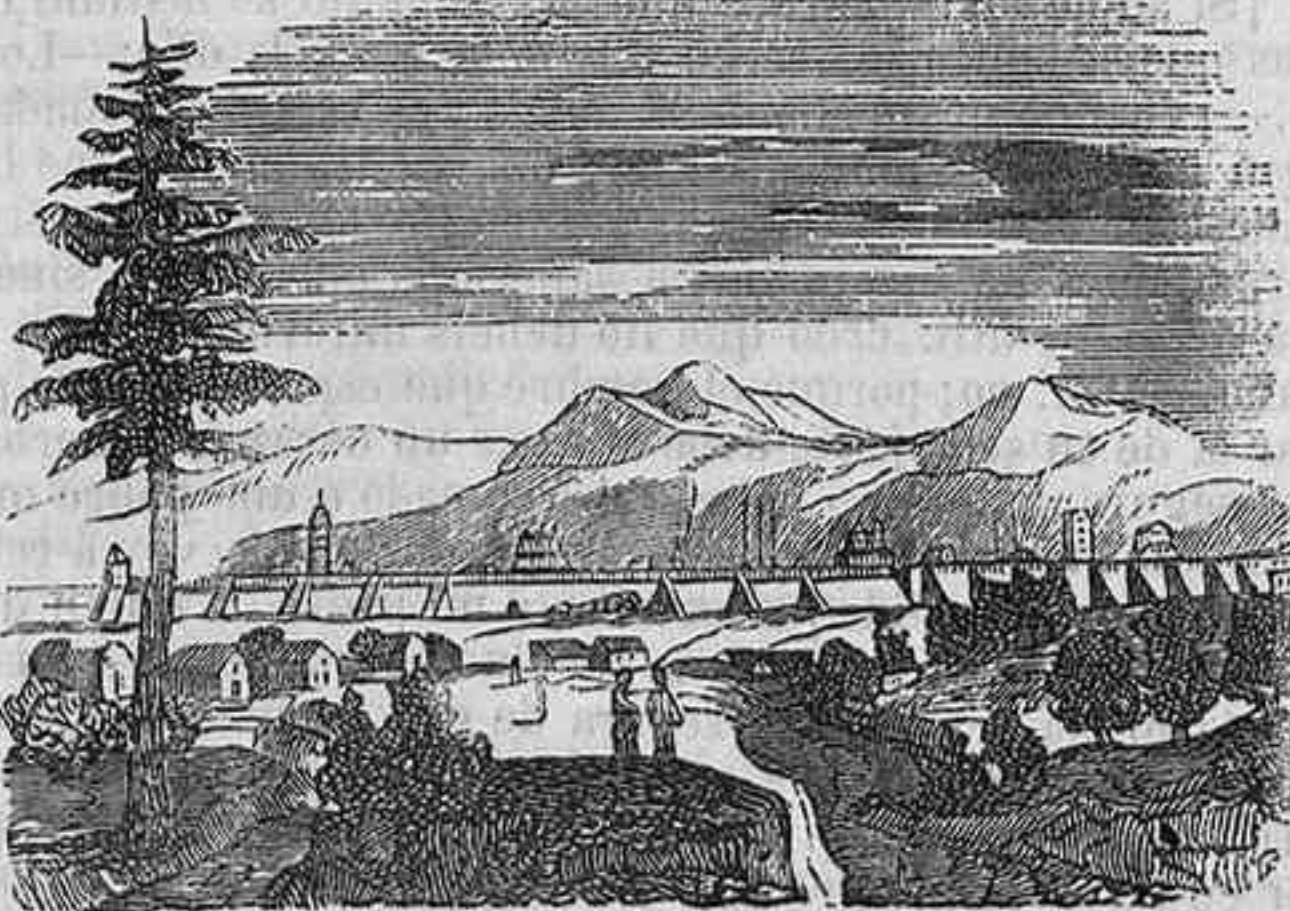
—¡Pobre jóven! murmuró Julio viéndola sufrir.

De súbito asomó á sus labios una sonrisa, pues acababa de hallar el medio de obligar á la vieja á suministrar ella misma el aire á su vecina. Sacó de su bolsillo una petaca, tomó un cigarro y lo encendió. La vieja le miró con asombro, y por último exclamó:

—¡Usted fuma, caballero! Eso es de la mayor grosería!

Julio arrojó algunas bocanadas de humo sin responder. La vieja le sacudió el brazo diciendo:

—¡Hablo con Vd.!



Cosenza.

Julio se volvió hácia ella y respondió con frialdad:

—*Yos, it is a graat pleasure to be smoking in vavage.* (Sí, es un gran placer fumar viajando.)

Y siguió fumando.

—¡Un inglés! dijo entre dientes la vieja furiosa. ¡Ya me lo parecía! ¡Son unas personas que no res etan nada! Señora, señora, baje Vd. el vidrio! continuó, bajando vivamente el de su lado.

Y se puso á gritar al inglés, que no respondía, recalando lentamente cada palabra:

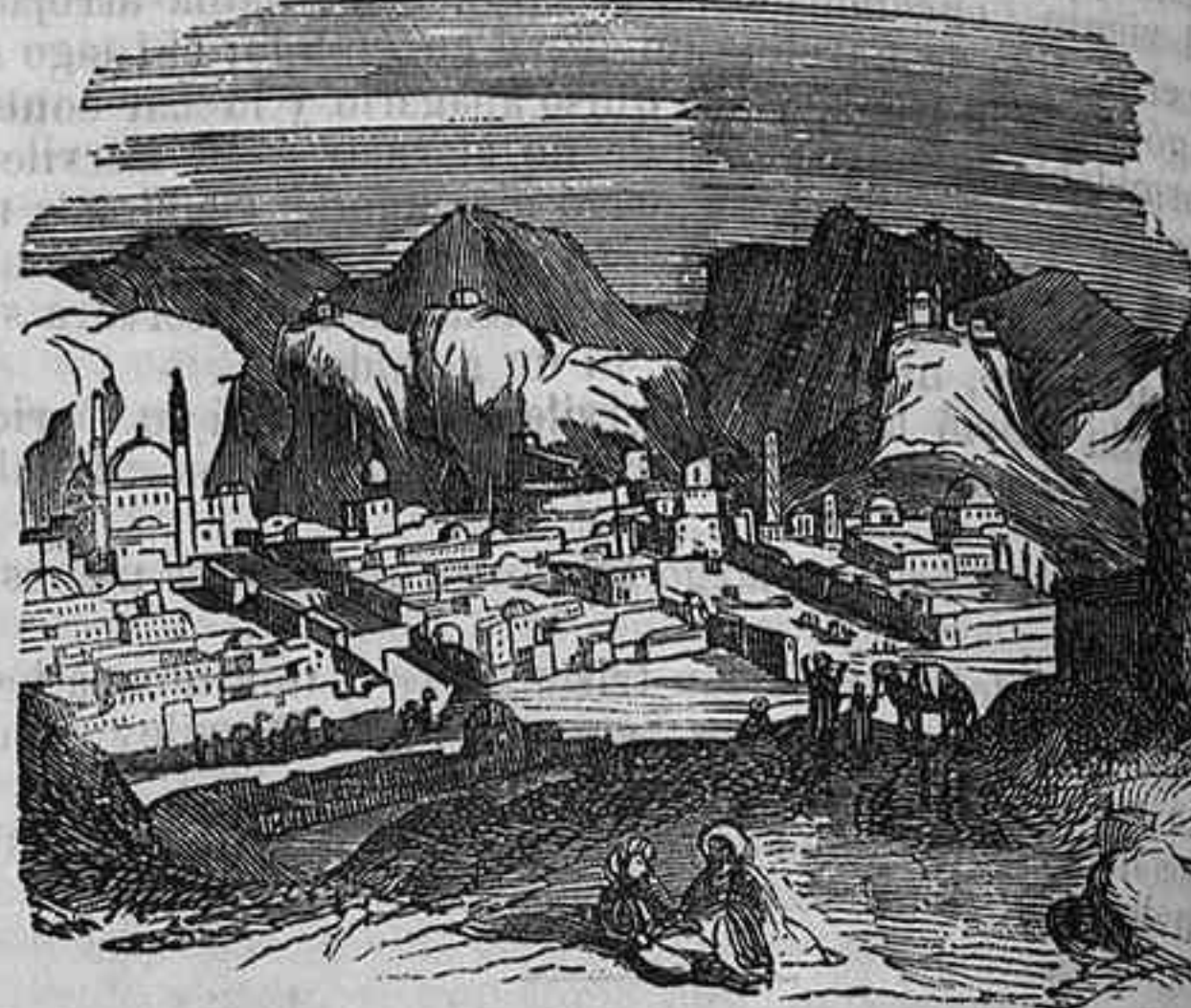
—No se permite fumar.

Luego, volviéndose hácia su vecina, añadió:

—No puede darse mayor grosería: ¿sabe Vd. el inglés, señora?

La jóven hizo un signo negativo.

—No importa; esto no se puede tolerar, gritó la vieja.



Jerusalen.

Y adelantó la mano para apoderarse del cigarro; pero Julio la detuvo, tomó friamente de su petaca otro cigarro, y se lo presentó diciéndole:

—*¿Will you have any?* (Vd. quiere un cigarro?)

La vieja estaba exasperada, y gritó por la portezuela:



Londres.

—Conductor, pare Vd! Aquí hay un inglés que está fumando: quiero apearme.

Pero el ruido de las ruedas cubría su voz. El carruaje seguía marchando, y Julio concluyó su cigarro. Solo entonces levantó el vidrio la vieja y se calló; pero de vez en cuando

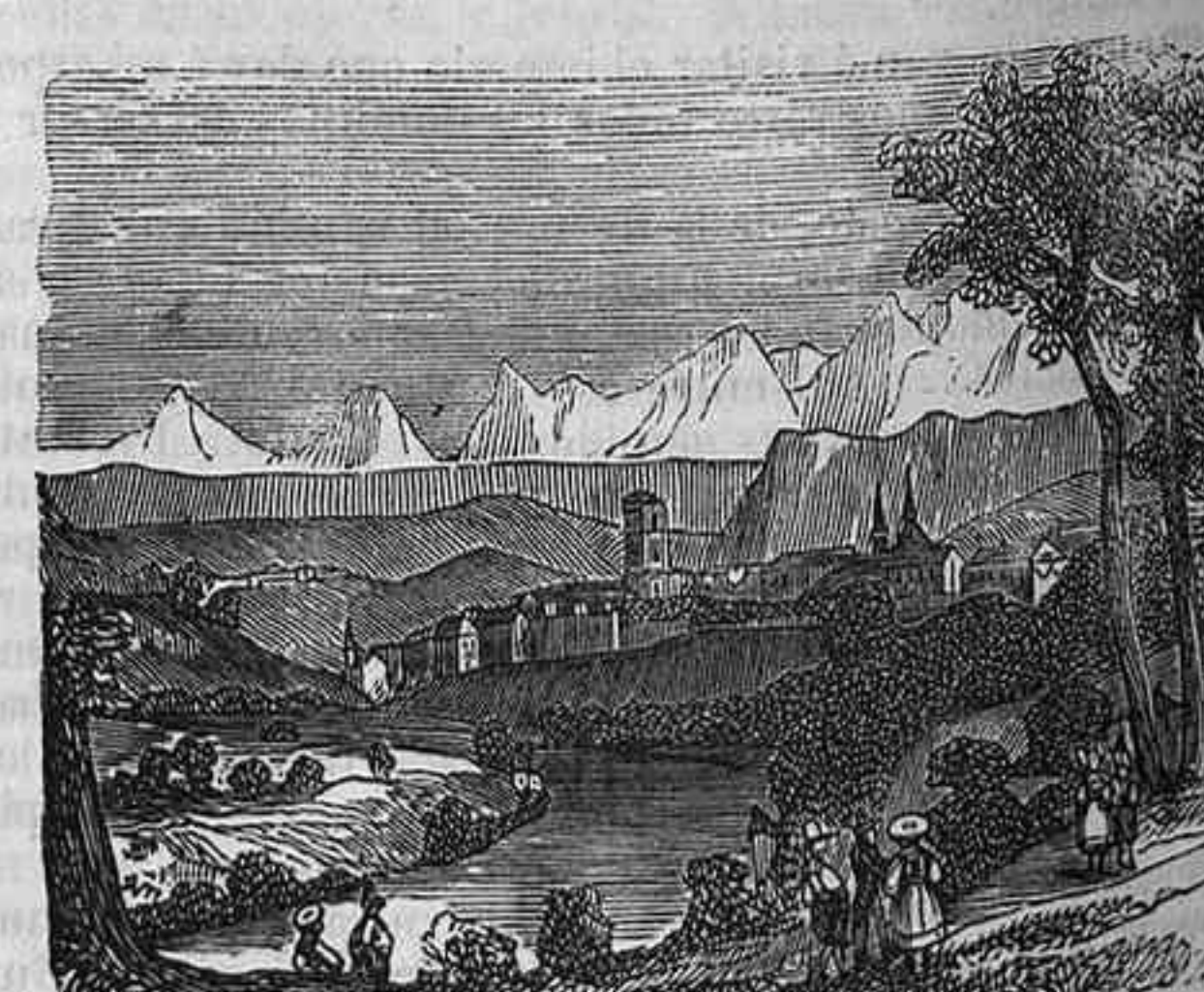


Lucerna.

echaba al vizconde una mirada cargada de ira, mientras que Julio permanecía impassible.

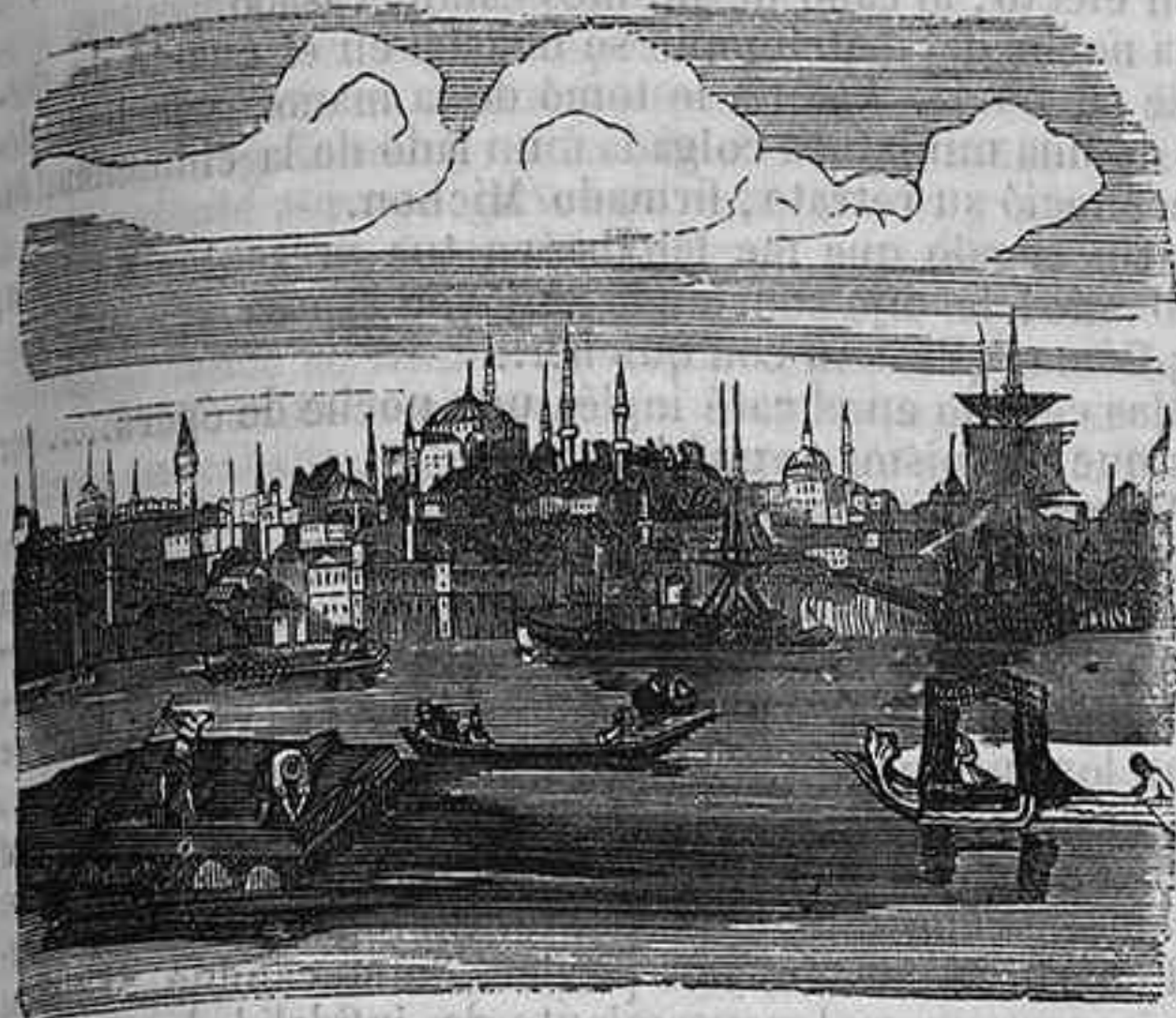
—Tenemos aquí un inglés que fuma. Mándele Vd. que cese.

—La señora tiene razon, replicó el correo volviéndose hácia Julio. No se permite fumar aquí, caballero.



Salerno.

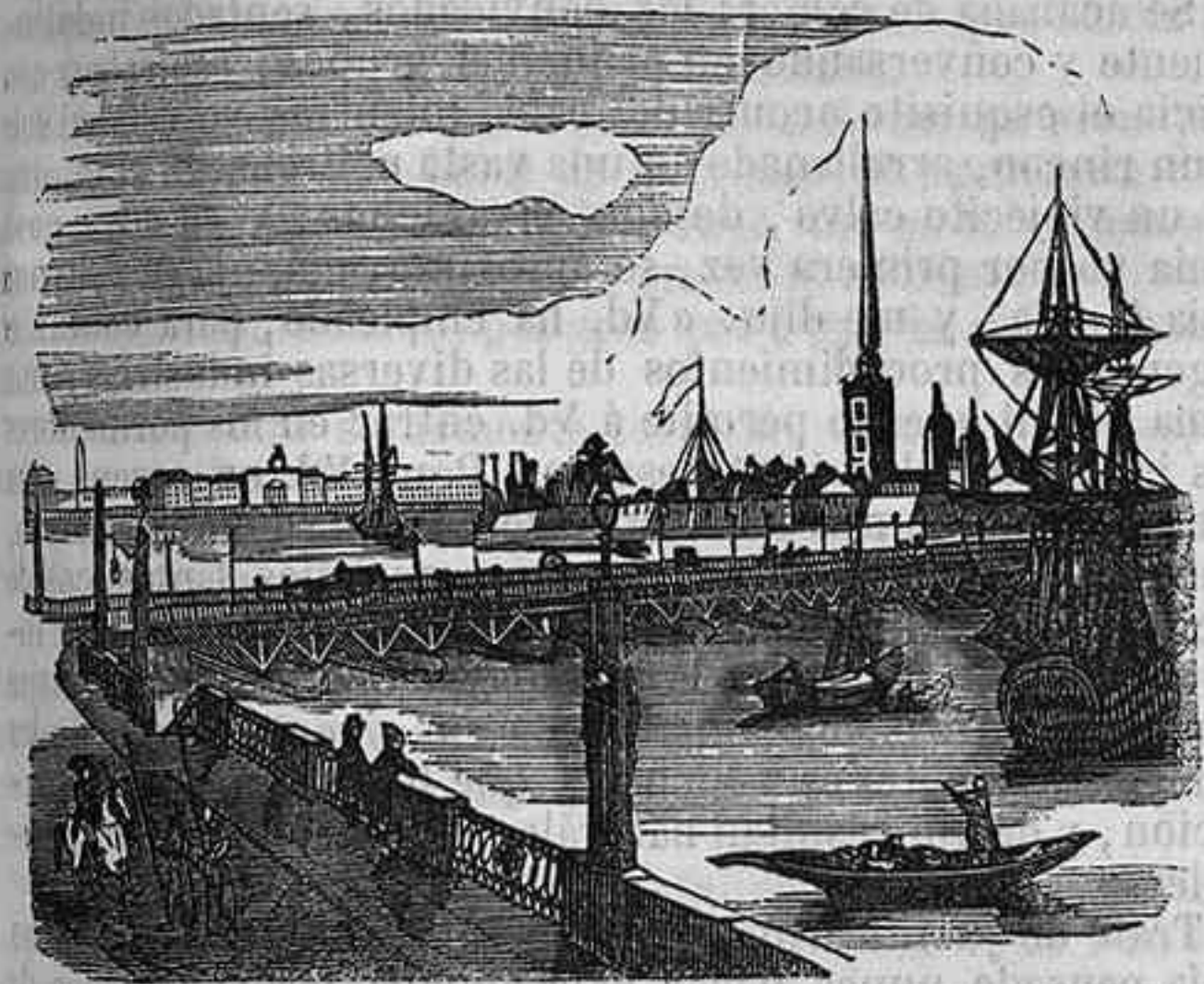
Y precisado á partir, se volvió á su puesto. —No entiende el francés, gritó la vieja. El carruaje estaba ya en marcha. Julio había fumado hasta allí para obtener aire; pero la vieja se había mostrado tan adorablemente impaciente y áspera, había estado tan fácil en sus injurias, que Julio se dijo para su capote: —Esta muger me agrada: se encoleriza francamente. —Esta reflexion produjo otra. —Si volviese á fumar, pensó Julio, con los humos que tiene abandonaría la plaza al tercer cigarro.



Constantinopla.

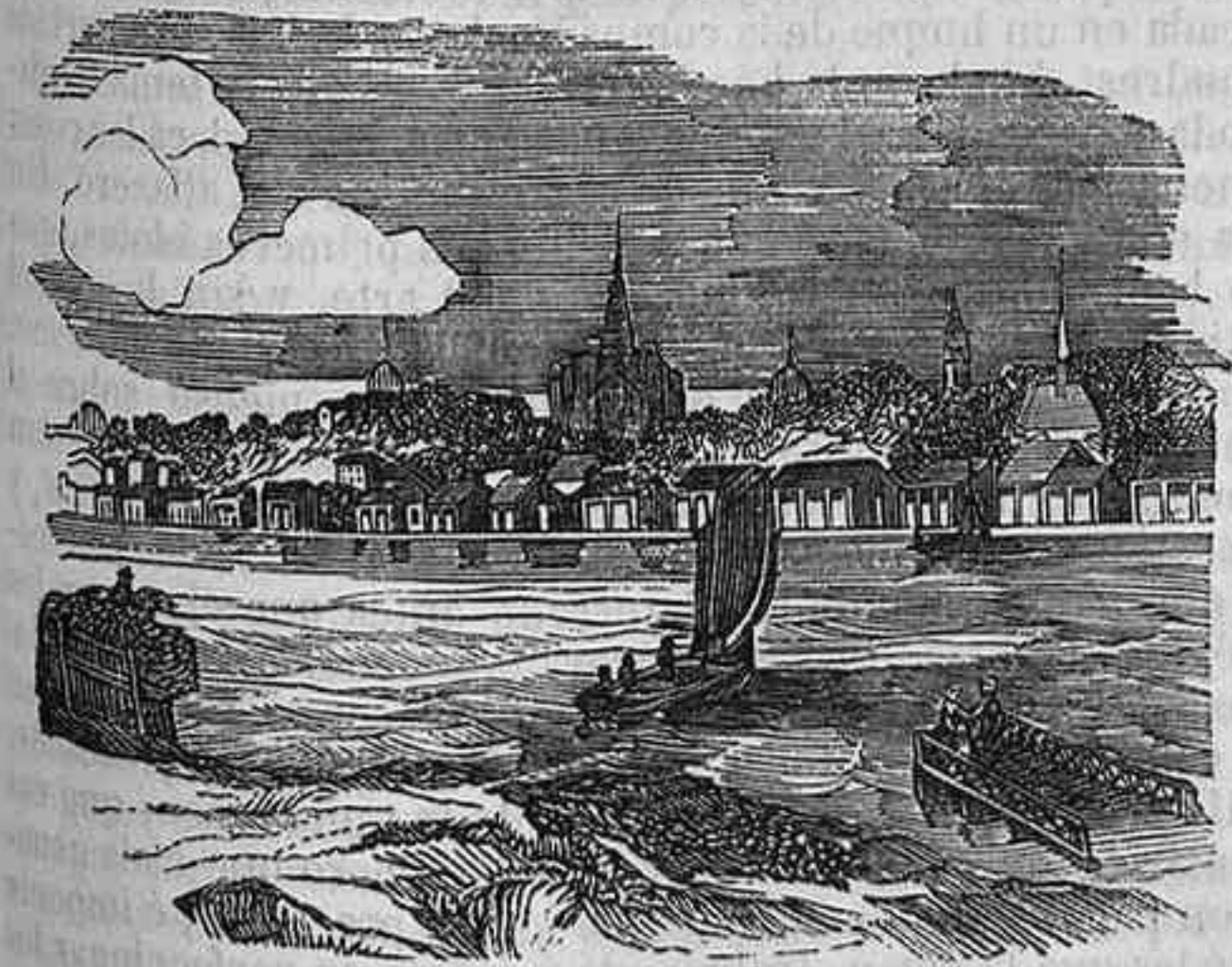
En esto examinó el estado de sus municiones, y halló que aun le quedaban cinco cigarros. Al ver salir de nuevo la fatal petaca, la vieja hizo un gesto de horror, y articuló un: —¡Todavía!

Y bajó vivamente el vidrio. Julio ahogó una risotada indiscreta y volvió la petaca al bolsillo. La vieja levantó el vidrio y se acurrucó en su rincón para dormir; pero apenas había cerrado los ojos, cuando Julio encendió su segundo cigarro. Cuando la vieja se despertó, el carruaje estaba lleno de humo. Se adivina la andanada de injurias que la vieja vomitó



Colonia.

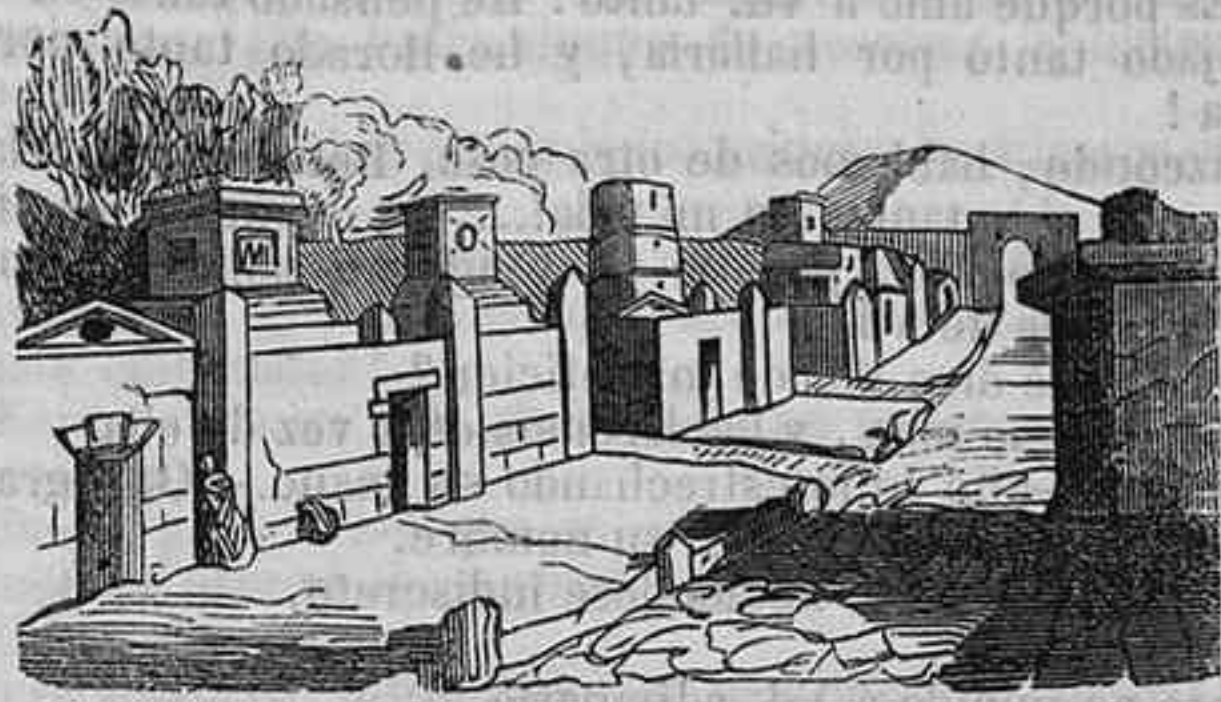
de nuevo contra el impertinente fumador. En efecto, había bastante para exasperar al mas paciente de los santos del Evangelio; pero como uno se cansa de todo, hasta de estar encolerizado, por habituado que se esté á ello, al cigarro siguiente la voz de la áspera vieja había bajado muchos tonos. Un acceso de tos la advirtió pronto que se ponía ronca gritando fuerte y largo tiempo, y aun esto seria pasadero si gritase en los postres. De consiguiente, calló un instante, dirigiendo de vez en cuando una interpelacion al fumador ó una llamada al conductor, y por último calló absolutamente. La pobre muger reflexionaba.



Dresde.

—Esto no puede durar, pensó con una indignacion concentrada, única que su salud le permitia. No puedo caminar cien leguas mano á mano con un cigarro. Por último, llegaron al relevo. La vieja se precipitó fuera del carruaje, aun antes que este se parase, y corrió á decir al correo que estaba desenganchando: —Conductor, es Vd. poco atento, pues le he estado llamando en vano todo el camino. —Señora, no he oído á Vd. —El inglés no cesa de fumar.

—Voy á hacerle serias observaciones. —Es inútil, porque no entiende el francés. Mándele Vd. que se apee. —Imposible, señora, no puedo dejar en el camino á un viajero que ha pagado.



Ruinas de Pompeya.

—¡Ah! ¡Esas tenemos! Vds. se entienden. Entonces seré yo la que me apee, y me quejaré á la administracion. —Como V. guste, señora. Júzguese la sonrisa que asomaría á los labios de Julio cuando vió desembarcar los baules y los cartones de su víctima. —Hé ahí una muger que detestará mas que muchos á los ingleses, murmuró con satisfaccion. Ahora pensemos en la



Berlin.

otra, añadió volviéndose hácia el rincón que quedaba habitado.

LA INQUILINA DEL RINCON DE LA DERECHA.

Mientras que Julio fumaba, la boca rosada no había soltado una palabra, pues aunque el cigarro no dejaba de incomodarla un poco, tenia su lado bueno, por cuanto le proporcionaba el aire que necesitaba. Ciertamente, se había admirado mucho de llevar tan lejos el olvido de la urbanidad y el

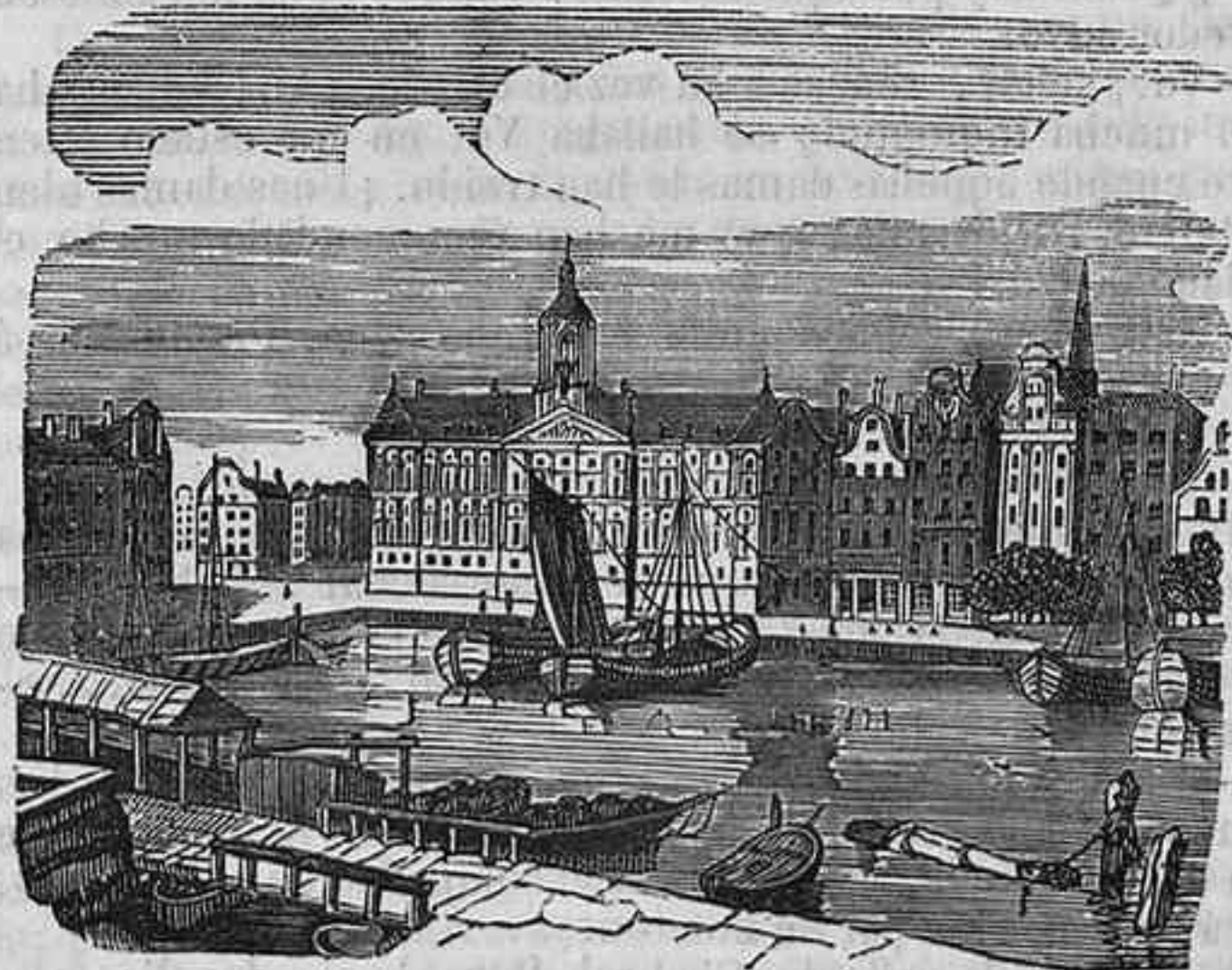


Coblenza.

amor del cigarro; pero se había contentado con admirarse. Habiendo marchado la vieja, el fingido inglés le dijo súbitamente en francés castizo:

—Mis cigarros han hecho á Vd. toser mucho, señora, y le pido perdon.

La joven levantó vivamente la cabeza, fijó un instante la vista en su interlocutor, miró después en derredor de sí, palpó los almohadones, y principió á temblar de pies á cabeza.

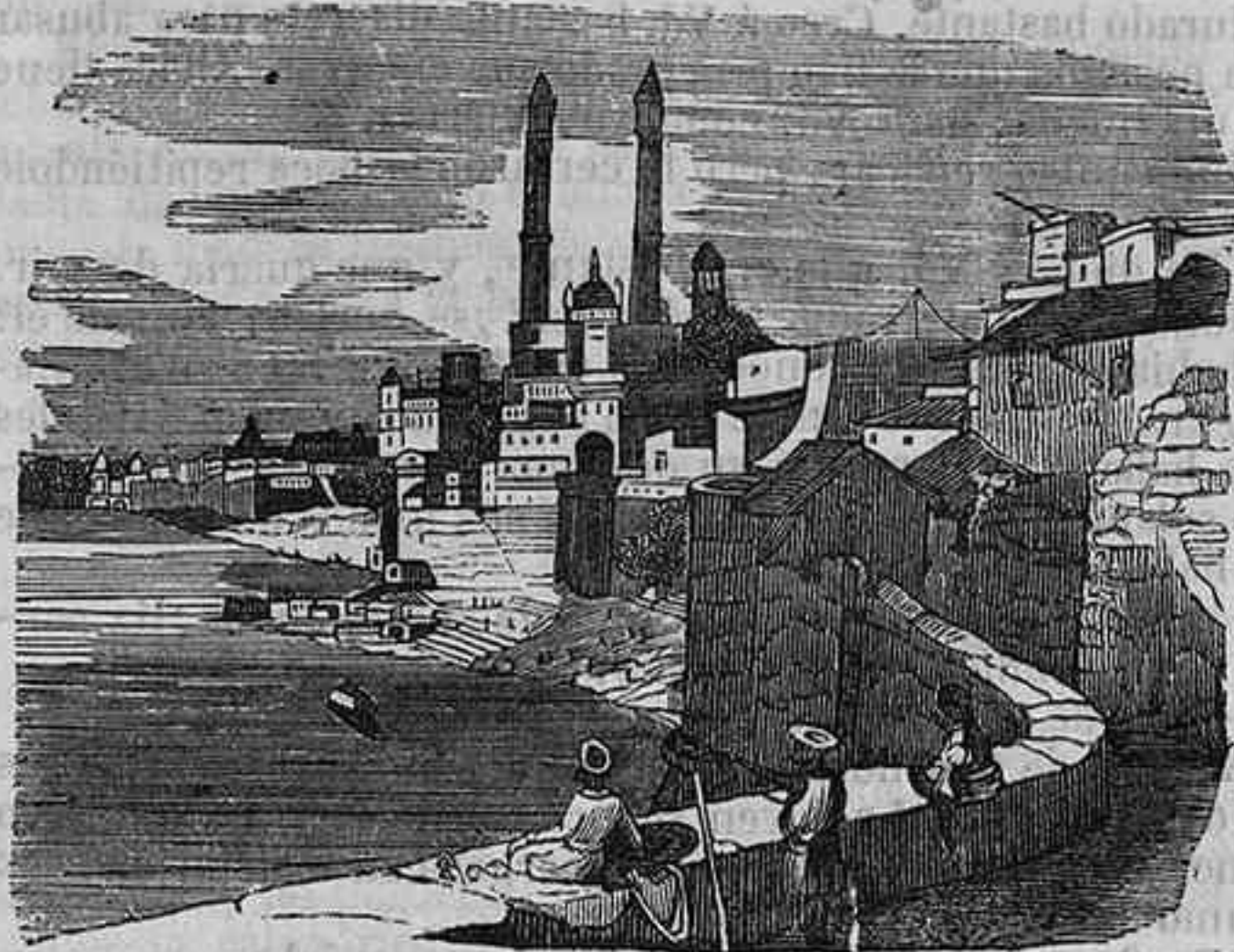


Amsterdan.

—Soy yo el que ha hablado á Vd., señora, prosiguió Julio. —¡Vd., caballero! exclamó por último la perezosa. ¿Vd. es? —De la Picardía, señora. Me he fingido inglés para alejar unos ojos que estaban demás aquí, y hablar con Vd. sin testigos. —¡Caballero!... murmuró la joven mucho mas asustada.

—Causo á Vd. miedo, repuso Julio. Vamos, mireme Vd. Recuerde Vd. aquella deliciosa noche que pasamos juntos en la Ópera, hace ocho meses, la víspera de la partida de Vd. para Arlés.

La joven abrió sus ojos espantada, y dijo: —¡Yo, caballero! ¡yo he pasado una noche con Vd. en la Ópera! ¡Yo he partido para Arlés! —Así lo he creído hasta hoy, señora. —Pues desde hoy cese Vd. de creerlo. Yo no sé lo que quiere Vd. decir.



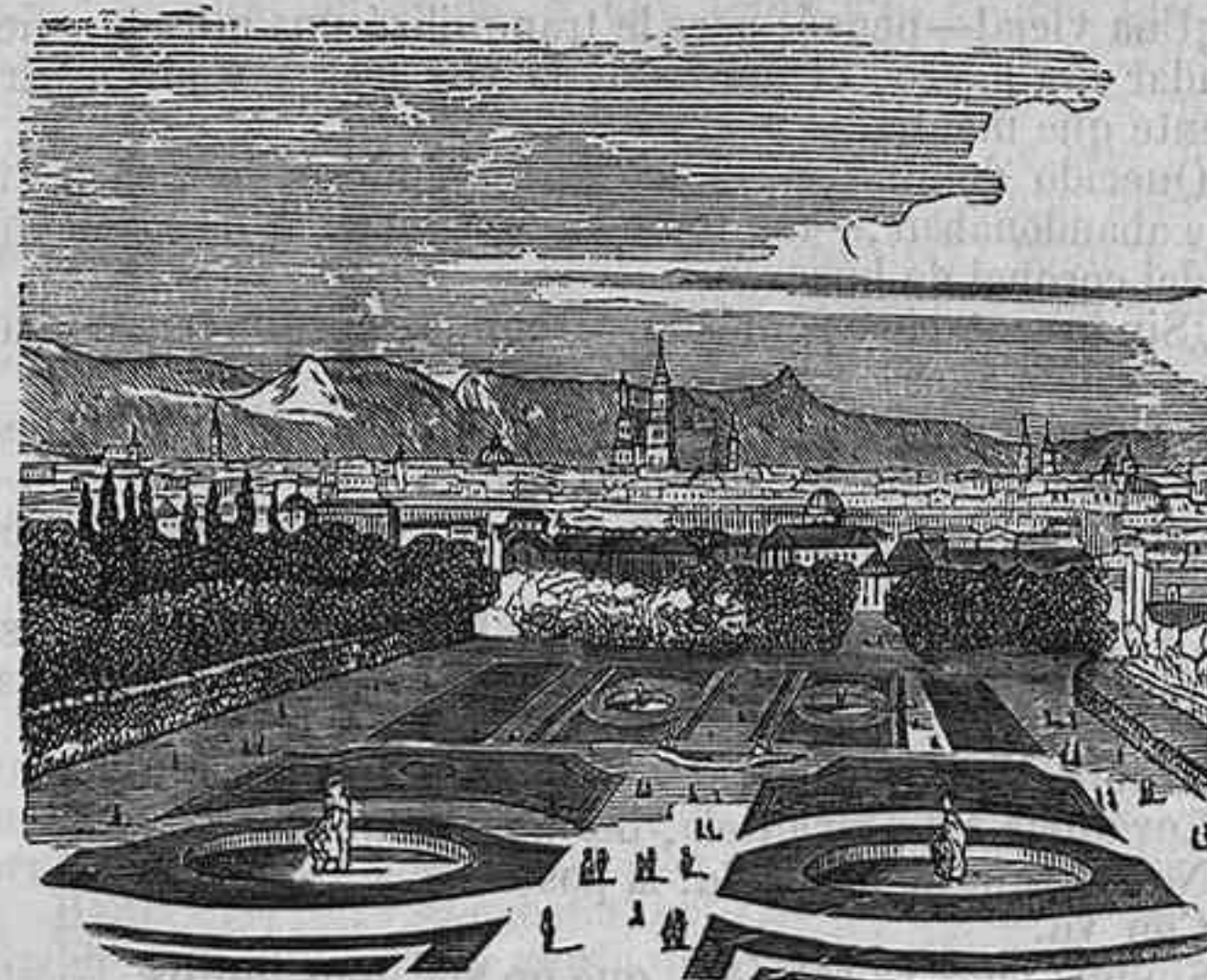
Singapor.

—Sin embargo, ¿Vd. me ha visto ya otra vez? —Jamás. —Si no á mí, á lo menos mi retrato. —¿El retrato de Vd. ha estado espuesto en el salon? preguntó la joven, que principió á serenarse. —Dejémosnos de bromas, señora, replicó Julio, buscando una mano que se retiraba, pues no he tomado la posta para esto. Vd. me ha visto, á mi ó á mi retrato, una hermosa miniatura debida al pincel de Aristides Michon, pintor de miniaturas, calle Chabrol.



Nápoles.

—¡Aristides Michon! —Un artista indiscreto que trabaja por encargo anónimo y pinta retratos á despecho de los originales. ¿Ha oído Vd. hablar de él? —Jamás. —¡Ah! Vd. no quiere tener hoy memoria: capricho de muger. Vamos, querida marquesa, añadió Julio acercándose á su compañera que se retiró, ¡un poco de complacencia! Dignese Vd. recordar que soy el vizeconde de Ceran. ¡Oh! no estoy enojado con Vd. por haber mandado hacer mi retrato; pero tengo que regañar á Vd. un poco por haber guardado el in-



Viena.

cógnito y haberme hecho correr todo París tras de la endiablada doncella á quien Vd. ha encargado de recogerle. —Caballero, Vd. me ha dicho que nos dejásemos de bromas, replicó la joven, que había seguido mirándole con asombro. —Y bien, marquesa... —Primeramente sepa Vd. que yo no soy marquesa, ni lo he sido nunca, ni tengo ganas de serlo. Luego sepa Vd. que jamás he oído hablar de M. Michon ni de Vd.; que no le he visto en mi vida en la ópera; que no he hecho el viaje de Ar-





Difícilmente se daba cuenta Gustavo de los medios que necesitaría emplear para entrar en él, porque no descubría puerta alguna; y ya se disponía á buscarla, cuando oyó un doloroso relincho. Burder, enderezando sus orejas, respondió á él dirigiéndose al sitio de que había salido; y entonces se presentó á los aterrados ojos del conde un cuadro desgarrador. La desgraciada Sofia, con los cabellos en desorden y anegada en sangre, yacía tendida debajo de su caballo. Uno de sus piés, aun en el estribo, daba á entender que había sido arrastrada á través de la maleza del bosque, y que su caballo se había detenido solo falto de fuerzas.

Gustavo, gritando desesperadamente, se lanzó á socorrer á la princesa, cuya jaca tenía una pierna metida en un cepo para cazar lobos en que sin duda había caído.

Rimberg tomó á Sofia en sus brazos: la inundó el rostro de lágrimas; pidió socorro: invocó la caridad de Dios... nadie respondía... ¡y él creía estrechar una muerta contra su seno! La muger que abrazaba era un cadáver helado, que no daba la menor señal de vida. Después de muchos gritos inútiles, golpeó el muro con el pomo de su espada amenazando con la muerte á los que rehusasen abrirle...

El frio mas cruel se dejaba entonces sentir: Rimberg no sabía si sus fricciones y sus auxilios volverían á la princesa la vida; pero le parecía haber sorprendido un ligero latido de su corazón... Aun tenía esperanzas: ¡y nada! ¡ningun socorro humano podía ayudarle á salvarla! Desesperado, y después de arrojar á Sofia con su capa, desgajó una rama de un árbol, logrando con ella romper la celosía que cerraba una ventana del edificio: en el mismo instante oyóse el grave y lúgubre son de una campana, y por la abertura que había hecho vió pasar una porción de mugeres vestidas de negro, que corrían espantadas dando muestras del mayor apuro. Un viejo apareció después; Gustavo, lanzándose á la ventana, gritó con desesperación:

—¡En nombre del cielo, quien quiera que seáis, escuchadme! ¡tened piedad de una muger que va á morir! ¡Arrodillado os pido que me ayudeis á salvarla!

CAPITULO XV.

Las religiosas de santa Radegunda.

—¿Qué quieres, precito? le respondió el viejo. ¿Por qué turbas este asi'o de la paz y del reposo? Satélite del tirano, ¿vienes á buscarnos para conducirnos al tormento?

—No comprendo ese lenguaje... solo trato de conmover vuestra alma en favor de una criatura que reclama vuestro apoyo... está herida, espirando...



El ladrón de la corte.

—¿Estás tú solo con ella?  
—Si... mirad; ¿qué podeis temer de los dos?  
—Tú lo sabrás, y entonces conocerás si es legítima mi desconfianza.

A una señal que hizo el que acababa de hablar abrióse lentamente una puerta secreta fabricada en el muro, y cuatro mugeres que Gustavo reconoció fácilmente por religiosas católicas, se llevaron á la princesa, mirando á todos lados con inquietud para asegurarse de que no podían ser sorprendidas.

Gustavo las siguió; pero apenas había traspasado el umbral, apoderóse el viejo de él, y después de haberle intimado

que le entregara sus armas, le condujo á la celda que le servía de habitación.

—¿No puedo, le dijo Rimberg, velar por esa jóven que se separa de mí?

—No: la regla de esta santa casa lo prohíbe; pero estad tranquilo, señor, porque todos los socorros que puede ofrecer una caridad bien entendida la serán suministrados. Nada le faltará, y si logramos salvarla, podreis verla cuando ella lo pida.

—¡Oh! ¡mil gracias por vuestra humanidad! A pesar de cuanto sufro, esperaré, tendré valor; pero ¿me quereis explicar la causa del terror que parecía inspiraros mi presencia?



El cochero de cabriolet.

—Sería asaz larga mi narracion si os lo quisiera explicar con todos sus detalles; pero me ceñiré á las principales causas. Esta oculta mansion, cuyo secreto habeis sorprendido, es un vestigio ignorado de todos de los antiguos conventos católicos de Suecia. Habiendo la fogosa dominacion de Lutero destruido en todo el reino nuestras instituciones religiosas, yo pude lograr, arrojando mil peligros, establecerme con los que me seguian en las ruinas de este convento consagrado en otro tiempo á santa Radegunda, cuyo nombre ha conservado. Soy el antiguo primado de la iglesia de Nikebring, capital de la Sudermania. De resultados de una revolucion que conmovió aquel ducado, fui herido tan gravemente, que en Stokolmo corrió como cierta la noticia de mi muerte; pero Dios no quiso derramar hasta la última gota de la sangre de uno de sus mas fieles servidores, y veló por mi vida, rodeándome de estas santas mugeres que se desvelan por prolongármela para que yo á mi vez las pueda proteger reuniéndolas bajo mi autoridad.

—Padre mio, interrumpió Gustavo, ocupado solo de Sofia, ¿no habeis oido?... Creo que vienen... me llaman...

—No, hijo mio, es vuestra imaginacion la que os habla. Después dijo, tomando de nuevo el hilo de su narracion:

—Para librar á mis pobres ovejas de los carnívoros lobos que las perseguian para abrasarlas con el fuego herético, me retiré con ellas á estos sombríos bosques, buscando como los primeros cristianos el abrigo de una roca donde ocultar nuestra miseria y conservar nuestra fé. Largo tiempo estuvimos condenados á sufrir el hambre, la sed y todos los males á nuestra situacion inherentes; pero la Providencia nos hizo por último descubrir este abandonado convento, de que tomamos posesion, sin que hasta ahora haya nadie sospechado que nos sirve de asilo. Hemos encontrado en el interior de él, hábilmente construido, cuanto puede ser útil á las comodidades de la vida, y un eriado que nunca me abandona, halla medio de proveer mensualmente á nuestras necesidades. Así, bajo estas bóvedas protectoras burlamos el furor del nuevo Calígula, conservando á Dios un templo que no ha sido profanado por los impíos adoradores de Baal.

—Temo, padre mio, que seáis injusto con mi soberano. Esas cuestiones de tanta importancia le han ocupado muy poco hasta el dia, y sería muy posible que vuestra fé perseverante le interesase lo suficiente para merecer su proteccion.

—No lo creais, hijo mio. Las persecuciones del arzobispo de Upsal, ese otro rey de la moderna iglesia, nos alcanzarán hasta en nuestro retiro. Las fanáticas pasiones de Lutero y Melancton inflaman á ese heresiarca de inestinguible celo, y furibundo intolerante, sería mas temible que el poder real. Mas os he hablado con el corazón en la mano, debiendo creerlo personaje de la corte á juzgar por vuestro exterior; pero creo asimismo que no tendreis una alma bastante pérfida y despreciable para entregarnos al martirio denunciando nuestra incógnita morada. Hace setenta años que ruego á Dios haga á los hombres mis hermanos felices y virtuosos, y no me atrevo á sospechar que al fin de mi carrera tropiece con uno que entregue mi caduca existencia á la venganza de mis enemigos.

—Me haríais una ofensa, padre mio, si hubiese podido albergarse un solo instante esa sospecha en vuestra imaginacion. Soy soldado, tengo honor, y no sé vender al infeliz... pero perdonad á mi pensamiento, preocupado con los sufrimientos de esa muger que os he confiado...

—Esa muger, ¿es vuestra esposa quizá?

—¿Mi esposa?

—Si no lo fuese, me sería imposible permitir que os comunicárais...

—Eso sí, padre mio.

—Bien. Esperemos las noticias que pronto vendrán á darnos.

Durante este tiempo los mas activos socorros habían sido prodigados á la infeliz Sofia.

En todos los conventos del Norte, y hasta en Spitzberg, segun nos ha contado un explorador de aquellas comarcas glaciales, solian los religiosos rodear sus habitaciones de cañerías de hierro que conducian las aguas siempre hirvientes á los sitios en que las necesitaban. Esta importante invencion tenia además la ventaja de difundir en las celdas un calor dulce, y de hacer la vida en ellas cada dia mas agradable. El convento de Santa Radegunda poseyó tambien este útil artificio así que se establecieron en él las religiosas de Nikebring.

La princesa fué depositada por las monjas en un baño donde podian examinar á sabor sus heridas, que eran muchas y peligrosas, sobre todas las de la cabeza. Su cabellera, enrojecida por la sangre, parecia hallarse atacada de ese horrible mal polaco, conocido con el nombre de *plica* (1); en el pecho tenia hondas heridas en diez sitios diferentes, y todo su cuerpo estaba horriblemente magullado y plagado de contusiones. Todo hacia temer que su vida estaba próxima á extinguirse.

Dos horas permaneció en el baño, pálida como un cadáver y sin hacer el menor movimiento, hasta que las religiosas que la contemplaban con ávida inquietud, creyendo ver latir levemente su pecho al exhalar un suspiro, pusieron en sus labios algunas gotas de un cordial que con dificultad bebió. Pronto sus manos se crisparon fuertemente, y lanzó un grito de dolor... aquella pocion había avivado sus sufrimientos. La hermana Teresina, superiora del convento, juzgó necesario trasladarla al lecho que se la había destinado, lo que en el acto se ejecutó.

Pronunció la princesa, ya en su lecho, algunas palabras ininteligibles, durmiéndose después, pero con sueño febril y agitado, interrumpido solo por desgarradores gritos y una exaltacion que solia terminar con frases terribles, mezcladas de cantos lúgubres.

Nada explicaban aun estos síntomas, aunque las religiosas les creian favorables. La vida le había sido devuelta: á Dios y á los socorros humanos tocaba prolongársela.

Fué la superiora en busca del P. Wilfredo, el prior, y le refirió con todos sus detalles esta resurreccion delante de Gustavo, que, manifestándola en términos vehementes su profunda gratitud, la preguntó si sería necesario recurrir al auxilio de un médico.

—¡Imposible! respondió el prior, ¿no os he dicho que estamos desterrados, y que esta sombría guarida nos oculta á los ojos del universo entero? Me habeis empeñado vuestra palabra de no vender este secreto, y yo la he recibido porque



El ladrón de la corte.

me merecis enterá confianza; pero ¿quién me asegura que otro que no seáis vos cumpliría tambien su juramento?

—Pero, padre mio, no podreis abandonar así la vida de la muger que amo á una milagrosa curacion, á la casualidad.

—Nada temais, señor, dijo la hermana Teresina: tenemos en el convento cuanto puede ser necesario al restablecimiento de la enferma. Nuestra esperiencia os la devolverá, si el cielo lo permite, y puede calmarse un poco vuestra impaciencia.

(Continuad.)

(1) Enfermedad de los cabellos que, enredándose unos con otros, al cortarlos echan sangre.